

ALCANTARA

REVISTA LITERARIA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres

Director: D. PEDRO ROMERO MENDOZA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Dos aspectos de la personalidad.....	3	<i>Eugenio Frutos.</i>
Nuestros clásicos: El amor reverente	9	<i>Vicente García de la Huerta.</i>
Soneto.....	10	<i>Luis F. García-Camino.</i>
Recuerdos: Bajo los tamarindos	11	<i>Miguel Muñoz de San Pedro,</i> <i>Conde de Canilleros.</i>
A la Virgen de Guadalupe	13	<i>Fernando Bravo y Bravo.</i>
El ayer caminando va conmigo.....	14	<i>J. Ramos Aparicio.</i>
Erase un reloj...	15	<i>Mercedes García - Camino Bur-</i> <i>gos.</i>
A Angelita Capdevielle.....	19	<i>José Canal.</i>
Los arcos de Santiago de Cáceres	20	<i>Ventura Durán.</i>
Ensayos de Historia: Oquendo, el Gran Al-		
mirante del mar océano	21	<i>Angel Dotor.</i>
Ideario Extremeño	34	<i>Antonio Reyes Huerta.</i>
Gibraltar	35	<i>Arturo Enrique Sánchez.</i>
Certamen fluvial	37	<i>Eugenio Payo.</i>
Páginas antológicas: Serranilla.....	40	<i>Marqués de Santillana.</i>
«El Brillido de la Jambre»	41	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Proyecto de Parque Forestal y Cinegético		
de la Sierra de San Pedro (Extremadura)		
y Estatutos de la Entidad promotora del		
Parque Nacional del Oeste. «Monteros		
de Alpotreque»	62	<i>Ricardo Becerro de Beugoa.</i>
Examen de Historia	69	<i>Ramón López Montenegro.</i>
18 de Julio	73	<i>Marcelino González Haba.</i>
Alcor noble. Cáceres.....	77	<i>Vicenre González Hernández.</i>
El Dr. Estanley L. Robe, apasionado de lo		
popular	79	<i>Valeriano Gutiérrez Macías.</i>
Pensamientos	81	<i>Heine, Cicerón y Eurípides.</i>
Acorde lírico	82	<i>Pedro Romero Mendoza.</i>
Crítica sin hiel	83	<i>«Un Aprendiz de Hablista».</i>
Trujillo: Letras de luto.....	85	<i>Marcelino González Haba.</i>
I Premio Nacional de Poesía Puente Cultural		
Mirador: Crónica	88	
Recensiones	89	
	94	<i>A. O. M.</i>
		<i>C. C. S. y Valeriano Gutiérrez</i>
		<i>Macías.</i>
		<i>Equis.</i>
Noticia de Revistas	99	
Libros recibidos	100	
Láminas		
		Nuestros artistas: <i>Cuadro de</i>
		<i>Ortega Muñoz. «Monteros de</i>
		<i>Alpotreque», por Adelardo</i>
		<i>Covarsí. Fotos de Arribas,</i>
		<i>Garrabella y F. I. T. E. R.</i>



ALCANTARA



D. Legal CC-26-1958

Año XXII

JULIO-AGOSTO-SEPTIEMBRE 1968

Núm. 152

Dos aspectos de la personalidad

Por EUGENIO FRUTOS

I

LA PERSONALIDAD ABISAL



Si conociésemos bien a una persona, deberíamos saber todo lo que hace y puede hacer. Pero esto, de modo total y perfecto, no ocurre nunca. Luego, no conocemos a nadie de un modo total y perfecto.

El caso es que tampoco uno mismo se conoce hasta este punto, aunque se conozca algo mejor que a los demás, si es reflexivo, imparcial y sincero consigo mismo, lo que no siempre ocurre. Aun en el mejor de los casos, en el más pleno conocimiento de uno mismo, cualquiera puede hacer algo verdaderamente inesperado para los demás, que creen conocerle bien, y para él mismo, que cree conocerse mejor. Jaspers ha expresado esta insegura apertura de nuestra personalidad psíquica, diciendo que el hombre es «lo inacabado». Pero inacabado de tal manera que no sabemos nunca con absoluta seguridad cómo acabará. ¿Quién sabe si, al final, el santo varón acabará desesperado y el bandido encontrará su momento de contricción, como ocurre en *El condenado por desconfiado*?

¿Cómo es la estructura psíquica de un ser al que le puede ocurrir esto? ¿No somos conscientes de nuestro yo? Sin duda, pues el «yo» es el centro conscientemente percibido de nuestros actos. Parece, pues, que si nos es consciente debiéramos conocer total y perfectamente.

Ocurre, sin embargo, que nuestro «yo» es sólo el conocimiento reflexivo de yo profundo, de lo que algunos psicoanalistas llaman el ego. El «yo» representaría el ego con un cierto margen de inadecuación. Y el conocimiento, intuitivo o reflejo, que los demás tengan de cada uno de nosotros, resultaría, asimismo, imperfectamente adecuado.

Por otra parte, el ego recibe los impulsos subconscientes y también las sollicitaciones de lo espiritual. Porque, como Eugenio D'Ors enseñaba, si lo subconsciente es nuestro infierno, lo supraconsciente —la mística— podría considerarse como nuestro cielo, la parte de elemento angélico que se da en el hombre, según su «angeología». Y si Rimbaud vivió su «temporada en el infierno», San Juan de la Cruz vivió, y nos dejó testimonio en su «Cántico espiritual», su temporada en el cielo.

La personalidad humana —no la persona, en el sentido metafísico— resulta, así, sumamente compleja y conscientemente inabarcable, dada la reconocida limitación de nuestra capacidad cognoscitiva. No es extraño, por tanto, la perplejidad que sienten los filósofos actuales cuando se trata de definir al hombre. Más o menos, todos repiten la misma cantinela: tenemos hoy del hombre más conocimientos parciales que nunca, pero jamás ha resultado el hombre tan problemático. Acaso esa enorme suma de saberes —anatómo-fisiológicos, fisiológicos, históricos— producen el efecto de ocultar el bosque que se atribuye a los árboles próximos: vemos aspectos del hombre, pero no al hombre. Quiere decirse: a cada hombre concreto, que es el único que de verdad existe y actúa.

Mas, si el acrecentamiento de saberes particulares —que puede indefinidamente continuar— no nos va a resolver nunca lo que cada hombre verdaderamente es, ni por tanto, lo que el hombre en general sea, salvo su forma específica (que es la dada en la definición tradicional), entonces el problema del hombre es un problema que no se puede resolver como tal. Es decir, o es un seudoproblema, como diría un neopositivista, o es transproblemático. O sea: es un «misterio», como dice Gabriel Marcel. Por supuesto, un misterio ontológico y no teológico.

Marcel dice esto porque considera que un problema supone una serie de datos objetivos que nosotros podemos combinar adecuadamente para encontrar su solución; pero nosotros mismos no estamos incluidos en la pregunta que plantea el problema: estamos fuera y frente a ella. Por eso podemos objetiva y racionalmente resolverlo.

En el «misterio» en el sentido de Marcel, la pregunta nos incluye, y no podemos darle una solución objetiva y perfecta.

Ahora bien, si nos conociéramos total y perfectamente, acaso podríamos, porque la totalidad de nuestro ego nos sería patente: sería un dato más, exacto y perfecto. Mas, como nuestro conocimiento reflejo del ego en el «yo», no es exacto ni perfecto, no es abarcador y adecuado, nos encontramos con la imposibilidad de dar una solución exacta a un problema en que al menos un dato no lo es. Ni puede serlo, porque nunca —cualesquiera que sean los avances científicos— el conocimiento que tenemos de nosotros mismos y de los demás será completo y totalmente adecuado.

En un estricto campo científico-positivo, los análisis cada vez más precisos y completos del comportamiento humano permiten un conocimiento externo del hombre que es suficiente para hacer con él manipulaciones en el campo socio-político. Pero manipular o manejar a los hombres no supone conocerlos total y exactamente: basta un conocimiento parcial y aproximado. Así, se pueden utilizar adecuadamente, en los límites prácticos, un arma o un reloj sin conocer su estructura tan completa y perfectamente como puede conocerla un técnico.

Por vía científico-positiva no se va mucho más allá en el conocimiento del hombre. Por eso, a veces, en un vislumbre feliz, en una aguda intuición poética, en los personajes de una obra de teatro o de una novela, nos parece alcanzar algo del hombre más profundo que lo que su estudio científico nos dice. Se ha repetido que en las obras de Dostoievski se aprende más psicología que en las de los mejores psicólogos.

Y nos preguntamos: ¿de qué estofa será ese elusivo transfondo de la persona humana para que así ocurra? ¿No será que no tiene determinación fija por ser de tal índole que no pueda fijarse? No se trata, por supuesto, de que el hombre sea o no definible. Aunque lo sea —y creemos que puede serlo— su definición iría siempre afectada de una indefinición o apertura, que corrientemente llamamos libertad, implicada en la racionalidad.

Pero si el transfondo del hombre, en que todo lo demás debería asentarse, es algo no unívocamente determinado —y en este sentido, indefinido— el hombre sería el ser inseguro.

Parece que el transfondo, en vez de cimiento, se nos convierte en abismo, por el que corremos el peligro de despeñarnos. Pero este afán con que los hombres buscan seguridad, ¿no sería una señal de su inseguridad radical, en cuanto suele buscarse lo que no se tiene?

Y por cierto, la sensación de inseguridad —no siempre igualmente sentida— es un estímulo lo bastante violento para impulsar al hombre a crear una metafísica, una ciencia; algo, en fin, que le dé el cimiento que no tiene. Si estamos edificados sobre arena, inyectemos —podría decirsenos— un cemento firme que nos sostenga mientras nos dure la vida.

II

LA PERSONALIDAD PATENTE

El que realmente somos, el que creemos ser, el que aspiramos a ser, el que somos para los demás y el que, para ellos, deberíamos ser: he aquí diversos aspectos de un mismo yo o, dicho de manera más amplia, de nuestra personalidad.

Esto es, se supone un *ego*, que sería el que realmente somos, y de cuyo transfondo, libertad e inseguridad me he ocupado antes. Pero este *ego real* sólo nos es accesible en cuanto reflejamente conocido; y este conocimiento reflejo es lo que, para cada uno de nosotros, es nuestro «yo». La aspiración a un *ego ideal*, al que querríamos llegar a ser, puede darse en todo hombre, pero se dará sobre el supuesto del «yo» conocido y no partiendo de un *ego real*, completo y profundo, que sólo inadecuadamente se refleja en el «yo» conocido.

Por otra parte, los demás hombres se forjan una imagen más o menos exacta de nuestra personalidad, y esta imagen es lo que para ellos somos; si no les agrada, también la orientan en el sentido de un «yo» ideal», esto es, de lo que deberíamos ser para que nos valorasen positivamente. Pero esta imagen parte de nuestro «yo» tal y como ellos se lo representan y no de lo que verdaderamente somos —esto es, del *ego real*—, ni siquiera de aquél que nosotros creemos ser.

En todos estos casos no se encuentra nunca un conocimiento directo del *ego real*. Este aparece como un supuesto, pero lo único realmente conocido es el yo que nos es patente o el que, acertadamente o no, les es patente a los demás. Sin embargo, debe haber alguna razón para que se hable de un *ego real*, del que realmente somos, a diferencia del que creemos ser o del que los demás creen que somos.

Pero su conocimiento tiene que ser indirecto, inferido de una u otra forma. La inferencia podemos hacerla nosotros mismos, pero, acaso mejor, otras personas, pues cada uno de nosotros se identifi-

ca «por lo general» con el que cree que es, y, a veces, ni sospecha que pueda ser de otra forma, o que no agote su ser completo y perfecto en la imagen que se forma de sí mismo.

El supuesto de un *ego real*, del que todos los demás serían apariencias parciales, se ha impuesto, sobre todo científicamente, por los trabajos de la llamada «psicología profunda», que, como indica ese adjetivo, trata de alcanzar el fondo, transfondo o subsuelo de nuestra personalidad. Los procedimientos psicoanalíticos, los *tests* proyectivos y técnicas psicológicas similares tratarían de alcanzar ese fondo último de nuestra personalidad. Si, en ocasiones, fracasan, esto no dice nada contra la posibilidad misma de hacerlo, ni contra el planteamiento e intento de resolución de una cuestión de este tipo, sino sólo contra la imperfección de las técnicas hasta ahora empleadas. Pero, por mucho que se perfeccionen, sólo pueden actuar dentro de los límites impuestos por la finalidad con que son contruidos, y esta finalidad es el conocimiento psicológico de la persona; de modo que no irían más allá del fondo psíquico, sin darnos el transfondo metafísico de la persona humana, que trasciende el campo de la psicología experimental. Que sea posible ir o no más allá de estos límites es una cuestión discutible, pero un conocimiento verdaderamente filosófico del hombre debe, al menos, intentarlo. Pero no es de este lugar.

Lo que aquí podríamos preguntarnos es cuál de estos aspectos de la personalidad se hace patente en las relaciones interpersonales, esto es, en la vida social. Parece que nosotros tenderíamos a manifestar el que creemos ser, pero, a veces, se escaparían manifestaciones del que realmente somos, del *ego real*, parcialmente desconocido para nosotros. Y como, por otra parte, lo que manifestásemos sería interpretado por unos de una manera y por otros de otra, la personalidad patente sería siempre caleidoscópica. Podría, sin embargo, considerarse que la realmente patente era la que nosotros presentábamos, fuese o no adecuadamente captada.

Pero aquí surge otra cuestión. Además de las formas de personalidad, o del «yo», mencionadas, podemos señalar esta otra: el que fingimos ser. Este fingimiento puede tener motivos muy variados, desde los más bajos intereses hasta el simple gusto de hacer teatro, pasando por el miedo, ya que, en una sociedad coactiva, puede alguien temer a presentarse tal y como realmente es o cree ser. El gusto de «farsear» dice Ortega que le es connatural al hombre, y que si no lo fuese, nunca se hubiera inventado el teatro. Por su parte, Unamuno, en *Cómo se hace una novela* y otros escritos, se tomó muy

en serio el problema de la personalidad ficticia. Puede, como él dice, llegar un momento en que uno mismo no distinga entre el que realmente cree ser y el que finge ser, pues, a fuerza de fingirlo, se ha ido alterando su personalidad (la persona no varía, pero la personalidad sí puede variar), no porque la ficticia recubra y oculte tras sí a la real, sino porque ha introducido elementos que le dan una nueva estructura, de modo que ya no es totalmente ni como era ni como finge ser, sino una mezcla de ambas cosas.

Las demás personas pueden captar esta alteración diversamente. En los casos de *poses* voluntariamente asumidas para llamar la atención, nadie se llama a engaño sobre el juego de la ficción, pero no resulta fácil adivinar la personalidad real que se esconde tras la ficticia, que, en este caso, sí que actúa de pantalla, más o menos opaca. En los casos de fingimiento más perfecto, la personalidad ficticia se presenta como lo que uno es o, al menos, cree ser, y puede hacerse con tal perfección que una persona se muera sin que nadie, salvo él mismo, la haya conocido realmente. Y su propio conocimiento de sí, ya sabemos que no es totalmente adecuado.

En los casos medios, tras la personalidad fingida transparece más o menos la real, no el «yo» que se cree ser, sino el que verdaderamente se es, el *ego real*. En este caso, la personalidad presente es una estructura mixta; en el anterior, lo presente sería sólo la personalidad ficticia, salvo para el propio sujeto. Aunque la persona no pretenda fingir, siempre suele haber un parcial fingimiento, por razones diversas. Por ejemplo, por agradar a los demás, por no singularizarse, por temor a la difusa coacción social, por exceso de introversión; por acomodarse a un grupo de amigos, al tipo profesional en que uno se haya incluido o por otros motivos, a veces no enteramente conscientes para el propio sujeto. Así, la personalidad presente casi nunca coincide por completo con lo que uno realmente es o con lo que cree ser; pero esta no coincidencia recorre un arco graduado muy amplio, que puede ir desde el que se jacta de presentarse tal cual es —lo que no siempre consigue— hasta el que no habla nunca de cómo realmente cree que es.

Con lo dicho basta para darse idea de lo difícil que resulta el conocimiento de sí mismo y de los demás.

NUESTROS CLASICOS

EL AMOR REVERENTE

Si nadie puede verte sin amarte,
Dulce bien mío, y nadie puede verte
Sin que le abrasen con rigor de muerte
Ardentísimas ansias de agradarte;

Quien logra tan de cerca contemplarte,
Y tanto como yo sabe quererte,
Difícil es que a contenerse acierte
En los límites sólo de mirarte.

Abrásome a tu vista, dueño mío;
Pretendo triunfos, pero al conocerte,
Repugnante, desisto en mis trofeos;

Que a mi ciego furioso desvarío
Refrena más el miedo de ofenderte
Que le mueve el tropel de mis deseos.